



Borges y la Metafísica

Nicolás Zavadivker

Sabemos que la filosofía no fue una pasión ajena a la vida de Jorge Luis Borges, y que más de una vez este argentino se encontró extraviado en las siempre calmas aguas de la metafísica. Su travesía por los clásicos del pensamiento no fue vana; prueba de ello es la permanente presencia de alusiones filosóficas a lo largo de su obra.

El eje de esta exposición consiste en mostrar cómo las ideas filosóficas aparecen en textos de Borges -de ficción y no ficción- de forma tal que producen en los lectores su vivencia antes que su conceptualización. Los manuales de filosofía – como los manuales en general- suelen manifestar escasez de vitalidad. Borges, en cambio, resucita ciertas ideas y las reformula en clave literaria, destacando lo que éstas tienen de vívido y de maravilloso. Para ello apela a la intuición del lector antes que a su captación conceptual.

Lejos de reducirse a un mero esteticismo, o a un espejismo del saber, las ideas así presentadas son comprendidas en toda su fuerza expresiva por quien transita las páginas de Borges. Ni su sistematización en una doctrina ni su defensa a través de argumentos son añoradas por el lector, que se deja embelesar por las tramas tejidas por el creador argentino. Más de una vez me sorprendí a mí mismo –pese a mi condición de licenciado en filosofía- entendiendo mejor algunas cuestiones filosóficas a través de un cuento de Borges que en boca del propio pensador que las sostiene.

¿Cómo se las ingenia Borges para crear tal vivacidad? Más allá de las estrategias literarias por él utilizadas -que no constituyen mi especialidad- me interesa destacar el original procedimiento borgeano consistente en asumir las premisas propias de un determinado sistema filosófico y recrear el universo –aún en sus detalles nimios- tal como sus partidarios lo perciben.

Veamos un ejemplo. En “Tlön, Uqbar, Orbis, Tertius” Borges nos presenta un mundo creado por una sociedad secreta en el que todos sus habitantes conciben la realidad como una construcción de la mente humana. Si hubiese que recomendar un único texto a quien desee comprender la doctrina del idealismo, probablemente este cuento sería el mejor candidato. Ello se debe a que en este relato Borges no nos habla *sobre* el idealismo, sino que nos presenta directamente un mundo construido de acuerdo a las premisas idealistas. De esta forma genera una comprensión de esta doctrina desde dentro del propio sistema, desde sus posibilidades y desde sus límites. Sentimos así el idealismo en carne propia o, lo que es lo mismo, *somos idealistas*, y en el acto de serlo llegamos a captar la inestabilidad de un universo que responde a las leyes de la mente.

Nuestro pasaje por el idealismo no es superficial: las principales consecuencias de esta perspectiva afloran en el notable cuento borgeano. Se nos hace saber, por caso, que no existen los sustantivos en las lenguas de Tlön, por la sencilla razón de que sus habitantes no creen en la existencia de *cosas*, en el sentido en que nosotros creemos que existen mesas y árboles que subsisten cuando no los percibimos. Sólo hay lugar en Tlön para series de hechos sueltos, del todo independientes entre sí. Borges ilustra magistralmente los alcances de esta ausencia traduciendo nuestra frase “surgió la luna sobre el río” por la tlöniana “hacia arriba detrás duradero-fluir luneció”.

De esta manera el autor rescata las consecuencias más maravillosas de las perspectivas filosóficas que trata, incluso haciendo hincapié en aquellas más alejadas del sentido común. En otras circunstancias solemos rechazar los elementos que nos

resultan inverosímiles, es decir, aquellos que nuestro sentido común nos presenta como imposibles o improbables. Mediante la estrategia mencionada, Borges obra el milagro de reconciliarnos –en clave de literatura- con lo maravilloso.

Esta opción por la belleza antes que por la verdad¹ constituye una de las claves de la apertura de Borges hacia filosofías contradictorias, la permanente ambigüedad en torno de su propia posición. Hay en Borges un deliberado abandono de la pretensión de conocer la realidad misma, debido a su descreimiento en tal posibilidad. Decía Borges:

“No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. Una doctrina filosófica es al principio una descripción verosímil del universo; giran los años y es un mero capítulo -cuando no un párrafo o un nombre- de la historia de la filosofía”²

Esta actitud incrédula no le conduce –como a los escépticos antiguos- a la suspensión del habla, sino a retomar la palabra en el terreno de la ficción y del ensayo literario. Desde allí Borges se permite asumir y hasta festejar la pluralidad de perspectivas con que los hombres han interpretado al mundo, sin necesidad de definirse por alguna de ellas.

Volvamos a los procedimientos del autor para tornarnos más vívida la imagen del mundo que entretejieron los distintos filósofos. Para producirnos tal efecto, Borges se toma muy en serio cada una de las perspectivas que aborda. Tomarse en serio una doctrina filosófica significa –en este caso- no el reproducir objetiva y prolijamente sus tesis centrales, sino percibir cada detalle del mundo desde su propia mirada. Tomarse en serio a Platón, por caso, significa ser –de alguna manera- Platón.

En otras ocasiones Borges asume las premisas de un sistema filosófico con una intención diferente: la de mostrar su falsedad. El notable ensayo “Nueva refutación del tiempo” es un ejemplo de este proceder. Partiendo de las premisas idealistas, el escritor acompaña a Berkeley en su negación de la materia, continúa su itinerario con Hume en su negación del espíritu (como una entidad unitaria) para luego aportar – desde las mismas premisas- su propia refutación del tiempo, conclusión que ninguno de los autores precedentes había desprendido.

Contra este nuevo “universo” hecho sólo de instantes independientes, en el que nada estable hay, Borges se revela en un conmovedor final para terminar reafirmando todo aquello que el idealismo le había llevado a negar: el tiempo (“El tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató...”), la materia (“el mundo, desgraciadamente, es real”) y la identidad personal (“yo, desgraciadamente, soy Borges”³).

La estrategia borgeana para rebatir una tesis, semejante al mecanismo lógico conocido como reducción al absurdo, aparece nuevamente en el cuento “Funes el memorioso”. Esta historia constituye la refutación más memorable legada por Borges, poseedora de un valor filosófico genuino. En este cuento, el escritor argentino lleva al extremo las tesis del nominalismo hasta demostrar su falsedad.

¹ En el Epílogo a *Otras inquisiciones*, un Borges lector de Borges dice haber descubierto dos tendencias en los ensayos allí incluidos, una de cuales consiste en “estimar las ideas religiosas o filosóficas por su valor estético y aún por lo que encierran de singular y de maravilloso. Esto es, quizá, indicio de un escepticismo esencial”. Borges, Jorge Luis. *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1986, p. 247.

² Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*, Tomo 1, Emecé, Buenos Aires, 1974, p. 449.

³ Las tres citas corresponden a Borges, Jorge Luis, “Nueva refutación del tiempo”, *OI*, op. cit., p. 240.

Para el nominalismo, la materia que compone el pensamiento son las imágenes que, como tales, representan siempre algo particular. No tenemos, por caso, una imagen mental de “El Hombre”, sino de hombres concretos (que son mujeres o varones, adultos o niños, de un color determinado, etc.). Estas figuras se encuentran conectadas entre sí mediante ciertas leyes de asociación, de modo tal que las unas remiten a las otras en el marco nuestra cadena de pensamiento que nunca se corta. Nada hay en nuestra mente que no se ajuste a esta descripción.

Borges refuta estas ideas mediante una estrategia argumentativa común a la literatura, la filosofía e incluso la ciencia: el experimento mental. Concibe a un personaje que conoce de esta manera (por acumulación y asociación de imágenes particulares) pero lleva al extremo la tesis nominalista al concederle a este hombre - Ireneo Funes- una capacidad perceptiva prodigiosa y una memoria perfecta. Funes –al igual que Nietzsche o que el joven Borges de “Exámen de metáforas”⁴ - renegaba del lenguaje, que borra los detalles e iguala lo meramente semejante. Comenta el Borges narrador:

(Funes) “era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico perro abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversas formas; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente)”⁵.

“Sospecho, sin embargo que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el mundo abarrotado de Funes no había sino detalles, casi inmediatos”⁶.

Si nuestra mente fuera, como dice el nominalismo, una asociación de imágenes, entonces no podríamos pensar. El pensamiento precisa de conceptos, es decir, de generalización, de abstracción, de olvido. Ahora bien: pensamos, por lo tanto, el nominalismo se equivoca –concluye tácitamente Borges-.

La estrategia borgeana de refutación tiene características dignas de interés. No se trata, para comenzar, de críticas realizadas desde afuera del propio sistema a rechazar, sino que resultan de asumir sus premisas hasta deducir de ellas una consecuencia falsa o inverosímil. Muchos filósofos practicaron esta misma vía, pero la particularidad de Borges es que verdaderamente se ha tomado en serio las ideas que desarrolla, es decir, ha pensado el mundo desde ellas otorgándoles cierta credibilidad, y en ese desarrollo ha llegado a vislumbrar sus limitaciones. Es como si llegase a la refutación no por la mera negación de ciertas ideas, sino más bien por su superación. Entendidas de esta manera las cosas, no resulta extraño que Borges haya invalidado doctrinas filosóficas a las cuales el mismo se hallaba muy cercano, tales como el idealismo y el nominalismo.

¿Cuáles son las razones por las que el escritor argentino opta por proceder de este modo en relación con la filosofía? Voy a arriesgar dos hipótesis sobre el pensamiento de Borges que permiten fundamentar su decisión, lista que no excluye otros motivos complementarios.

⁴ Incluido en *Inquisiciones*, Seix Barral, Buenos Aires, 1994. Se trata del primer libro ensayístico de Borges, escrito a sus veinticinco años. En ese entonces defendía una visión nominalista del lenguaje: “El idioma es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo. Lo que nombramos sustantivo no es sino abreviatura de adjetivos [...] En lugar de contar frío, filoso, hiriente, inquebrantable, brillador, puntiagudo, enunciamos puñal...” (pp. 71-72).

⁵ En Borges, Jorge Luis. *Ficciones*, Alianza, Barcelona, 1998, p. 134.

⁶ *Ibid*, p. 135.

La primera de ellas es que la facultad llamada razón, entendida en su uso argumentativo, no es para este autor una vía privilegiada para hacer o transmitir filosofía. El mejor modo para captar ciertas ideas consiste en hacerlas vivenciales e intuitivas, no en argumentar a favor de ellas. Aceptado este punto, se entiende que la ficción puede desempeñar mejor ese papel que la no-ficción. Esto se debe a varias razones; una de ellas es que los relatos suelen estar protagonizados por seres concretos (aunque sean ficticios) y no por el Hombre, con quien nadie puede identificarse directamente. La ficción apela siempre en un primer momento a la representación sensible del lector, no tanto a su entendimiento.

Pero hay una razón más significativa a favor de esta forma de hacer filosofía, y es que el arte exige de su espectador un margen de credibilidad⁷. Sobre ese margen, sobre ese punto débil, se vuelve plausible presentar ideas adversas al sentido común. El lector –como el fiel– desea creer, y deja guiarse por la inventiva del autor sin cuestionar la veracidad de lo que se dice. Los razonamientos, en cambio, nos despiertan una desconfianza natural, los analizamos con ojos críticos y aún cuando no tengamos objeciones a ellos muchas veces no nos convencen.

Con relación a lo que hemos interpretado como su opción por una literatura sin argumentos, Borges nos dice:

*“Mientras un autor se limita a referir sucesos o a trazar los tenues desvíos de una conciencia, podemos suponerlo omnisciente, podemos confundirlo con el universo o con Dios; en cuanto se rebaja a razonar, lo sabemos falible. [...] el escritor no debe invalidar con razones humanas la momentánea fe que exige de nosotros el arte”.*⁸

La segunda hipótesis sobre Borges pretende dar cuenta de su apertura a perspectivas filosóficas tan distintas, su tomarse en serio cada una de ellas. Creo que este hecho puede explicarse a partir de un pensamiento que –en distintas versiones– circula en gran parte de su obra. Me refiero a la idea spinoziana de que ser una cosa es no ser todas las otras, que ser algo determinado es un límite: es no serlo todo. Desde esta perspectiva, es en la inasible Nada en donde se hallarían –como inscriptas– todas las potencialidades. Más vale, entonces, ser nadie: sólo el retiro del yo, bien aprovechado, permitirá vivenciar la totalidad de las experiencias humanas.

Borges estimaba que existen una serie de experiencias propias de la condición humana por las que todos atravesamos, y que –en el acto de sentir las– trascendemos el ser individual que somos, convirtiéndonos todos en Uno.

Entiendo que esta idea tiene principalmente dos bases filosóficas. Una de ellas es la disolución del alma humana en un conjunto de experiencias, perpetrada por el filósofo David Hume y recordada con vacilante gesto aprobatorio por Borges⁹. Con Hume la individualidad dejó de ser vista como una unidad indisoluble que hace de *soporte* a nuestros pensamientos, para pasar llanamente a identificarse con ellos. No hay un alma que tiene pensamientos (o sensaciones, o sentimientos), sino que ellos son el alma.

Esta disolución de la personalidad posibilitó, por ejemplo, que Borges pueda construir frases como ésta: “...cada vez que alguien quiere a un enemigo, aparece la

⁷ Borges aludió varias veces a este curioso auto-engaño. Véase por ejemplo: “El espectador no ignora que está en un teatro, el lector sabe que está leyendo una ficción; y sin embargo debe creer de algún modo en lo que lee”. En Sorrentino, Fernando. *Siete conversaciones con J. L. B.*, El Ateneo, Buenos Aires, 2001, p. 98.

⁸ “El primer Wells”, *OI*, p. 119.

⁹ Por ejemplo en “La inmortalidad”, *Borges Oral. Conferencias*, Emecé-Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1995.

inmortalidad de Cristo. Cada vez que repetimos un verso de Dante o Shakespeare, somos, de algún modo, aquel instante en que Shakespeare o Dante crearon ese verso¹⁰. ¿Por qué somos Cristo, Dante o Shakespeare? Porque compartimos con ellos la misma experiencia, y ni nosotros ni ninguna de esas ilustres figuras existimos como entidades plenas, indivisibles. El lector atento hallará ilustrada esta idea en numerosos cuentos del escritor argentino.

La otra raíz de la concepción borgeana hay que situarla en Schopenhauer, filósofo de cabecera del escritor argentino. Borges compartía su ideal de negación del yo, del escaso valor que merece nuestra identidad personal¹¹. La reducción del yo defendida por Borges permite borrar las diferencias que nos separan de los demás a partir de la posibilidad de vivenciar cualquier experiencia ajena, no sólo aquellas que se consideran universales.

Al carecer de una posición metafísica bien definida, de una imagen del universo que defendiese frente a las demás, Borges se permite el lujo de experimentarlas a todas. En la medida en que se alcanza una certeza estable sobre cómo es el mundo, las representaciones ajenas se nos aparecen como falaces; cuesta demasiado tomarlas en serio en el sentido antes definido. No creer en nada, en cambio, puede convertirse en poder creerlo todo, en poder ser un empirista pero también un racionalista, en ser ateo, teísta y panteísta, en creer y descreer del tiempo, en ser sucesivamente nominalista y platónico, en burlarse de la idea de la eternidad pero intuir la en una mágico instante.

Pienso que Borges aspiraba a ser nadie en este sentido específico, y que fue esa indefinición metafísica la que le dio la posibilidad de encarnar con tanto talento a los extraños personajes que componen la historia de la filosofía.

Bibliografía

- Barone, Orlando (comp.). *Diálogos Borges-Sábato*, Emecé, Buenos Aires, 1996.
- Barrenechea, Ana María; Rest, Jaime y otros. *Borges y la crítica*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*, Tomo 1, Emecé, Buenos Aires, 1974.
- Borges, Jorge Luis. *Otras inquisiciones*, Emecé, Buenos Aires, 1986.
- Borges, Jorge Luis. *Inquisiciones*, Seix Barral, Buenos Aires, 1994.
- *Borges Oral. Conferencias*, Emecé-Ed. de Belgrano, Buenos Aires, 1995.
- Borges, Jorge Luis. *Ficciones*, Alianza, Barcelona, 1998.
- Schkolnik, Samuel. "El mundo según Borges", en *Borges en 10 miradas*, Feria del Libro y Fundación Edenor, Buenos Aires, 1999.
- Sorrentino, Fernando. *Siete conversaciones con Jorge Luis Borges*, El Ateneo, Buenos Aires, 2001.

¹⁰ Ibid, p. 50.

¹¹ Borges sentía esta idea en carne propia. Así por ejemplo se oponía al deseo de ser inmortal: "...para mí sería espantoso saber que voy a continuar, sería espantoso pensar que voy a seguir siendo Borges". Ibid, p. 42.